



LA CONSULTA DEL DOCTOR M

el contrario es su deseo de experimentar lo que le lleva a afrontarlos.

Existe una clínica de la cual poco se conoce: la regenta un neurólogo, a la vez que farmacólogo, del cual solo sabemos que o bien su nombre o bien su apellido incluye la letra M. Conseguir cita con él en su consulta (esté ésta donde esté) no es difícil, ya que por lo visto no tiene una gran lista de espera. También se desconoce si aparece en los cuadros médicos de aseguradoras o por el contrario se accede a él únicamente a través de consulta privada. Tampoco sabemos si goza de poco, mucho o de ningún prestigio entre sus colegas de profesión.

Tal es el secretismo que envuelve a esta persona, que lo normal es acudir a su consulta por puro azar. Su modo de actuar es bastante singular: de inicio sigue siempre los patrones propios de su profesión, que en ocasiones pueden ir bien o por el contrario no dar ningún resultado. Si se da este último supuesto, y solo en casos que le atraigan especialmente, es cuando decide utilizar su particular método de trabajo, por supuesto sin decirselo al paciente. No sabemos con exactitud qué es lo que le atrae de cada caso, si ver desahuciados a sus clientes o por

Cuando toma la decisión, se entrega en cuerpo y alma haciendo un seguimiento exhaustivo. Aquí entra en acción su otra faceta como farmacólogo, donde además de ser licenciado atesora un amplio conocimiento en todo tipo de fármacos en base no solo al estudio, sino también a su experimentación. Los pacientes elegidos, que son aquellos que no tienen ninguna opción posible de mejora, son tratados siempre fuera de horas de consulta y han de acudir sin ningún acompañante. Para empezar el tratamiento, lo primero que hace es suministrar al enfermo un combinado de drogas que se ignora con exactitud cuáles son. Parece ser que utiliza opiáceos, morfina y ácido lisérgico (LSD) entre otras. La mezcla y proporciones usadas hacen que el paciente abandone su estado normal de conciencia dejando expedito el camino para que el Doctor M pueda entrar en su mente. Una vez dentro, visualiza y examina el cerebro para localizar qué es lo que no va bien. Sobrevuela, siempre desde un punto de vista astral, el funcionamiento de las células nerviosas y de sus conexiones neuronales. También analiza los neurotransmisores para cerciorarse de qué sustancias químicas

transportan. Una vez que localiza el problema que ocasiona que el cerebro no funcione correctamente, como si fuera un mecánico de la mente va reparando los daños y aniquilando las células deterioradas.

No siempre logra su objetivo, pero sí en un alto porcentaje consigue que sus pacientes vuelvan a la normalidad. Según una serie de indicios por confirmar, ha sido capaz de curar enfermedades neuromusculares como el ELA, esclerosis múltiple, alteraciones congénitas, epilepsia, migrañas crónicas, Parkinson, demencia, Alzheimer e incluso depresiones o paranoia. Cuando termina su tratamiento, *resetea* el cerebro de sus pacientes para que no recuerden absolutamente nada, y pasados unos días llevan una vida completamente normal para asombro de todos cuantos les rodean. Se desconoce si debido a la alteración de los estados de conciencia para adentrarse dentro de la mente de los tratados ocasiona también muertes o deja otro tipo de secuelas. Lo poco que se sabe sobre el Doctor M se debe a los *flashback* sufridos por algunas de las personas tratadas, quienes a consecuencia del LSD pasado un tiempo, incluso años, tienen visiones regresivas sobre cómo profanaron su cerebro y cuál era su vida anterior.



Una mirada diferente a nuestro patrimonio

Las madres podemos ser muy crueles a veces. Y si no que se lo digan a Boabdil, el último sultán del reino nazarí de Granada, que entregó el 2 de enero de 1492, a las tres de la tarde (me maravilla la exactitud con la que nos lo cuentan las crónicas de la época), las llaves de la ciudad a los Reyes Católicos. “Llora como mujer lo que no supiste defender como un hombre”, cuenta la leyenda que le dijo la sultana Aixa a su hijo mientras éste miraba por última vez el enclave perdido.

Que los vencedores imponen su relato es bien sabido, y la narrativa de esas leyendas, sean ciertas o no, pervive en el imaginario colectivo moldeando la realidad. Por ejemplo, sobre la última colina desde la que se divisa la capital de la Alhambra, a 12 kilómetros al sur de la ciudad, existe un paso de montaña llamado “Puerto del Suspiro del Moro”. De ese día también nos han llegado, heredadas, numerosas interpretaciones a través del arte. La más conocida es sin duda el cuadro de Francisco Pradilla *La rendición de Granada*, que hoy se encuentra colgado en el Senado.

Aunque Pradilla se documentó concienzudamente, tanto en la reproducción de objetos históricos de la época (por ejemplo, la corona y el cetro de la reina católica son los que se conservan en la Capilla Real de Granada o la espada del monarca nazarí es la que se guarda en el Museo del Ejército de Madrid, entre otras muchas referencias utilizadas por el pintor para proporcionar verosimilitud arqueológica) como en los textos históricos que relataban el acontecimiento, todo amante del arte sabe que las obras artísticas, por ser realizadas por la mano del hombre, esconden cierta intencionalidad.

De esas maravillosas fotografías pintadas no podemos sustraernos del filtro que, como los utilizados en Instagram, tiende a manifestar la percepción subjetiva del autor que las retrata. Del legado que nos llega de aquella época solo podemos fiarnos de los objetos que resisten al paso del tiempo, pues en ellos se esconden mensajes más verosímiles de las personas que los portaban. Volviendo

al cuadro de Pradilla, os invito a visitar la Capilla Real de Granada para desentrañar qué nos quiere decir la corona de Isabel, o el Museo del Ejército para descifrar el recado que depositó Boabdil en su espada.

Es con esta mirada limpia que las visitas a los museos se vuelven más fascinantes. De la presencia de los musulmanes en la península tenemos numerosos vestigios, tanto de cultura material como inmateral. Y es que fueron nada más y nada menos que ocho siglos. Aún recuerdo que no le parecían muchos a una de las monjas que me enseñaba historia en el colegio, que le añadió un “solo” a esa cifra como para quitarle hierro al asunto.

Del rico patrimonio que aún conservamos de la época me fascinan sus castillos. El más antiguo se encuentra en Calatayud (ya nos da pistas el nombre, que en árabe significa “el castillo de Ayud”). El Castillo Mayor de Ayyub es una de las fortalezas más espectaculares no solamente de Aragón, sino de toda España. Unas recientes obras de restauración han permitido a los arquitectos datar la construcción de esta edificación militar zaragozana en el XI, tres siglos antes de lo que se pensaba. Un dato del inmueble más cercano a su verdadero origen, por fin interpretado por quienes se atreven a mirar diferente.

Están ahí, frente a nuestros ojos, esperando a que nos atrevamos a hacer las preguntas correctas. Como la iglesia que apareció recientemente tras un muro en una casa en Garrovillas de Alconétar y que me enseñó un familiar esta Semana Santa. Según me contó, probablemente permaneció escondida para evitar la desamortización de Mendizábal. O quizá haya otra razón, y espera, como tantos otros monumentos de nuestra vasta riqueza patrimonial, a que nos atrevamos a descubrirla.



La vis cómica



NUEVOS USOS PARA LAS MASCARILLAS

